



HOMILÍA. EUCARISTÍA DE ENTRADA EN FERROL

Hoy es un día muy significativo para mí y para nuestra Iglesia de Mondoñedo Ferrol. Tras la ordenación y consagración ayer en nuestra querida catedral de Mondoñedo, hoy presido por primera vez la eucaristía como pastor de esta Iglesia en la también querida concatedral de Ferrol. Podríamos decir que es como los primeros pasos en el caminar vacilante de este obispo novel que viene con muchas ganas de entregarse, quereros, ayudaros en el camino de la vida que el Señor obra en vosotros y, por supuesto, dejarse ayudar. Sin duda que vuestra experiencia acompañando estos inicios de otros hermanos obispos es una garantía de éxito...

Y todo ello desde el convencimiento de que la Iglesia es una familia, con diferentes ministerios y tareas, en la que todos somos necesarios e imprescindibles y en la que todos enriquecemos con nuestra vocación la belleza que da la diversidad y pluralidad en la comunión. Hoy siguen resonando las palabras del Maestro: "La mies es mucha y los obreros pocos: Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies". Creo que estamos llamados a vivir una cultura vocacional en nuestra Iglesia. ¡Qué gozo descubrir y vivir la vida como misión y vocación para otros!

Quiero comenzar saludando a todos los presentes, autoridades que nos honráis con vuestra presencia, familiares y amigos que nos acompañáis en este día, pero especialmente a todos y cada uno de los que habéis podido participar o nos seguís por los medios de comunicación, pienso en los conventos de clausura y en los misioneros. ¡Qué suerte poder celebrar el domingo, el Día del Señor y el Día de la Iglesia, con tanta expectación, gozo y esperanzas contenidas! Hoy se hace realidad el sentido pleno del domingo como octavo día que nos orienta hacia la nueva creación donde todo será recapitulado y plenificado en Cristo. En torno al obispo, al que habéis esperado y por el que habéis orado en estos últimos meses, con su presbiterio con el que forma una unidad, y con todo el Pueblo de Dios que camina en estas tierras hermosas, cobra mayor sentido la celebración de la eucaristía, la acción de gracias al Padre por todo el bien que nos hace, por todas las gracias que sobre nosotros derrama cada día. Enviado por el Señor (esa es mi seña de identidad y garantía) me siento hoy muy afortunado y dichoso por esta porción del Pueblo de Dios que se me confía. "Con vosotros cristiano, para vosotros obispo", como dijo san Agustín en su época, me dispongo a iniciar una nueva etapa en mi vida que supone, sobre todo, una incorporación al recorrido milenario y sabio de esta Iglesia a la que vengo a servir. En esta nueva etapa evangelizadora acogiendo los retos que se nos presentan, continuaremos desde la sinodalidad a la que nos convoca el papa Francisco, en el necesario proceso de conversión pastoral. Una conversión que se muestra en la reforma de las estructuras pero, sobre todo, en la transformación personal que se deriva en la santidad de vida, en la santidad sencilla y anónima de la puerta de al lado.

Un camino este muy exigente que conseguiremos solo si somos capaces de ponernos, como discípulos, a la escucha del Maestro y de su Palabra. Es esta Palabra la que ha de conformar nuestra vida y nuestra Iglesia local. Acojamos los textos que hoy hemos proclamado en la celebración y que nos iluminan muy bien en este día.

En el evangelio hemos escuchado el relato del sordomudo que es sanado tras el encuentro con Jesús. Un encuentro provocado por la gente que “se lo presentaron para que lo impusiera las manos”. No me digáis que no es una imagen preciosa de aquello a lo está llamada nuestra Iglesia diocesana: hacer de puente (ese signo he colocado en mi escudo episcopal), de instrumento para que nuestros contemporáneos se encuentren con Jesús, tengan la experiencia sanadora y salvadora del encuentro con Jesús. Esta es la misión de la Iglesia y esta es la tarea de todo misionero evangelizador. La experiencia previa sanadora que cada uno de nosotros hemos hecho de recobrar una vida nueva, plena y feliz tras el encuentro con Jesús, la queremos compartir y provocar en tantos hermanos nuestros a los que amamos de corazón. Esa es la Iglesia misionera que hoy se necesita: poner a cada persona delante de Jesús para que sea Él, no nosotros, el que le abra los oídos, la vista, el corazón, las manos, la vida...

Nuestros conciudadanos, y nosotros mismos también, nuestra misma Iglesia en tantas ocasiones, nos sentimos identificados y representados en ese sordomudo del relato: incapaces de oír los gritos de nuestros hermanos que sufren, de oír la leve brisa de Dios que requiere del silencio y del discernimiento, de escuchar a nuestro alrededor porque estamos encerrados en nuestro propio yo y en nuestras cosas, incapaces de comunicar y comunicarnos con Dios y con los hermanos...

Reconozcamos, como nos recuerda el papa Francisco, que padecemos hoy un síndrome de autorreferencialidad que nos impide crear fraternidad, que nos sumerge en nuestro propio mundo individualista y cerrado. Nuestra propia Iglesia, a veces, vive también en esta tesitura de cerrarse para protegerse. El falso respeto o una equivocada tolerancia, deriva en un testimonio descafeinado que dificulta la transmisión de la fe. También nosotros, en muchas ocasiones, somos sordos o mudos, o ambas cosas a la vez.

Os invito con todo el corazón hoy a escuchar y acoger, personal y eclesialmente, la invitación de Jesús. Necesitamos también ponernos delante de Él y dejarnos tocar para escuchar: ¡Effeta! ¡Ábrete!

+ Ponte en camino para acoger la vida de los hombres y las mujeres de esta tierra gallega. Ábrete a sus problemas, preocupaciones, esperanzas e ilusiones... Son tuyas, acoge y escucha. Como se nos invitaba en la primera lectura, algo nuevo está brotando y hemos de ser generadores de esperanza, especialmente en estos momentos de crisis y de pospandemia.

+ Ábrete al paso del Espíritu que hoy sigue hablando y haciéndose presente en tantas realidades pequeñas de esta Iglesia, rural y urbana, agrícola, obrera y marina, y generando así un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia.

+ Ábrete a los pobres que son el corazón del Evangelio y el lugar donde poder hacer la experiencia más grande de la misericordia de Dios.

+ Ábrete a vivir la vida en comunidad, porque con otros se vive mejor la experiencia del Dios que es Trinidad de personas. Y ábrete a ser comunidad abierta, intercultural, cálida, acogedora, donde todos se sientan a gusto, los que vienen de fuera y los que no encuentran hogar, en casa, sin ser censurados y juzgados. Comunidad adulta, que no busca el éxito sino la fecundidad y que para ello se forma en la fe y hace procesos continuos de crecimiento.

+ Ábrete a hacer de la vida misión, compromiso, entrega, relación, vocación al servicio de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad.

+ Ábrete dejando atrás tantas cadenas de prejuicios, de ignorancia, de ideologías para acoger la vida nueva que Jesús te quiere regalar a tu familia, a tu trabajo, a tu parroquia, a tu asociación o movimiento...

+ Ábrete a la solidaridad y a la amistad con los pobres como nos decía la segunda lectura: una Iglesia y una sociedad donde no exista acepción de personas, donde no nos fijemos en las apariencias sino que miremos el corazón, donde nuestra Iglesia sea hogar de los más pobres, de los que no tienen o no saben, de los que se sienten solos y heridos, de los emigrantes, de los jóvenes, una Iglesia "hospital de campaña" que acoge a los heridos de las guerras de nuestro mundo.

+ Ábrete a edificar unas relaciones sociales, desde la enseñanza social, que edifique un mundo diferente donde la política y la economía se construyan al servicio de cada persona, contribuyan al bien común y a la amistad social y sirvan al auténtico desarrollo humano integral y solidario.

+ Ábrete al futuro soñando: no perdamos la capacidad de soñar. El que no sueña está muerto. El Evangelio y su propuesta es, sobre todo, un sueño, el sueño de Dios para nosotros que nos ama como a hijos. Un sueño que está llamado a hacerse hoy realidad en este pueblo, en esta Iglesia..

+ Ábrete y date una nueva oportunidad, sea cual sea tu situación, para alcanzar la plenitud de vida de Jesús. Él te quiere recrear, regenerar, renovar...

Bien sabemos que no somos nosotros los que con nuestras propias fuerzas podremos alcanzar estas metas y estos buenos deseos. Es el Espíritu, que habita en nosotros y que se nos regala en su Iglesia, el que abrirá nuestros oídos, nuestros ojos, nuestras manos, nuestro corazón...

¡Qué hermoso sería si, fruto del encuentro con Cristo, cada uno de nosotros y nuestra propia Iglesia diocesana de Mondoñedo-Ferrol, se presentase ante nuestra querida sociedad gallega con este magnífico testimonio de novedad, ilusión y esperanza! Así lo soñaba Isaías, en la primera lectura, al profetizar en medio del desierto del destierro un manantial que calma la sed y regenera el páramo. En esta hora de la evangelización, estamos llamados más que nunca a hacer realidad esta buena noticia que hace presente el Reino de Dios. Que la Virgen de los Remedios, san Rosendo y san Julián, patrono de nuestra ciudad, nos ayuden a hacer vida estas insinuaciones del Espíritu.

Monseñor Fernando García Cadiñanos
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

GALEGO

Hoxe é un día moi significativo para min e para a nosa Igrexa de Mondoñedo Ferrol. Trala ordenación e consagración onte na nosa querida catedral de Mondoñedo, hoxe presido por primeira vez a eucaristía como pastor desta Igrexa na tamén querida concatedral de Ferrol. Poderíamos dicir que é como os primeiros pasos no camiño vacilante deste bispo novel que vén con moitas ganas de entregarse, querervos, axudarvos no camiño da vida que o Señor obra en vós e, por suposto, deixarse axudar. Sen dúbida que a vosa experiencia acompañando estes inicios doutros irmáns bispos é unha garantía de éxito...

E todo iso desde o convencemento de que a Igrexa é unha familia, con diferentes ministerios e tarefas, na que todos somos necesarios e imprescindibles e na que todos enriquecemos coa nosa vocación a beleza que dá a diversidade e pluralidade na comunión. Hoxe seguen ecoando as palabras do Mestre: “A mies é moita e os obreiros poucos: Rogade ao dono da mies que envíe obreiros á súa mies”. Creo que estamos chamados a vivir unha cultura vocacional na nosa Igrexa. Que gozo descubrir e vivir a vida como misión e vocación para outros!

Quero comezar saudando a todos os presentes, autoridades que nos honrades coa vosa presenza, familiares e amigos que nos acompañades neste día, pero especialmente a todos e cada un dos que puidestes participar ou nos seguides polos medios de comunicación, penso nos conventos de clausura e nos misioneiros. Que sorte poder celebrar o domingo, o Día do Señor e o Día da Igrexa, con tanta expectación, gozo e esperanzas contidos! Hoxe faise realidade o sentido pleno do domingo como oitavo día que nos orienta cara á nova creación onde todo será recapitulado e plenificado en Cristo. En torno ao bispo, ao que esperastes e polo que orastes nestes últimos meses, co seu presbiterio co que forma unha unidade, e con todo o Pobo de Deus que camiña nestas terras fermosas, cobra maior sentido a celebración da eucaristía, a acción de grazas ao Pai por todo o ben que nos fai, por todas as grazas que sobre nós derrama cada día. Enviado polo Señor (ese é o meu aceno de identidade e garantía) síntome hoxe moi afortunado e ditoso por esta porción do Pobo de Deus que se me confía. “Convosco cristián, para vós bispo”, como dixo san Agustín na súa época, dispóñome a iniciar unha nova etapa na miña vida que supón, sobre todo, unha incorporación ao percorrido milenar e sabio desta Igrexa á que veño servir. Nesta nova etapa evanxelizadora acollendo os retos que se nos presentan, continuaremos desde a sinodalidade á que nos convoca o papa Francisco, no necesario proceso de conversión pastoral. Unha conversión que se mostra na reforma das estruturas pero, sobre todo, na transformación persoal que se deriva na santidad de vida, na santidad sinxela e anónima da porta do lado.

Un camiño este moi esixente que conseguiremos só se somos capaces de poñernos, como discípulos, á escoita do Mestre e da súa Palabra. É esta Palabra a que ha de conformar a nosa vida e a nosa Igrexa local. Acollamos os textos que hoxe proclamamos na celebración e que nos iluminan moi ben neste día.

No evanxeo escoitamos o relato do xordomudo que é sandado tras o encontro con Xesús. Un encontro provocado pola xente que “llo presentaron para que lle impuxese as mans”. Non me digades que non é unha imaxe preciosa daquilo ao que está chamada a nosa Igrexa diocesana: facer de ponte (ese signo coloquial no meu escudo episcopal), de instrumento para que os nosos contemporáneos se atopen con Xesús, teñan a experiencia sandadora e salvadora do encontro con Xesús. Esta é a misión da Igrexa e esta é a tarefa de todo misioneiro evanxelizador. A experiencia previa sandadora que cada un de nós fixemos de recobrar unha vida nova, plena e feliz tras o encontro con Xesús, queremos compartirla e provocar en tantos

irmáns nosos que amamos de corazón. Esa é a Igrexa misioneira que hoxe se necesita: poñer a cada persoa diante de Xesús para que sexa El, non nós, o que lle abra os oídos, a vista, o corazón, as mans, a vida...

Os nosos concidadáns, e nós mesmos tamén, a nosa mesma Igrexa en tantas ocasións, sentímonos identificados e representados nese xordomudo do relato: incapaces de oír os berros dos nosos irmáns que sofren, de oír a leve brisa de Deus que require do silencio e do discernimento, de escoitar ao noso redor porque estamos encerrados no noso propio eu e nas nosas cousas, incapaces de comunicar e comunicarnos con Deus e cos irmáns...

Recoñezamos, como nos lembra o papa Francisco, que padecemos hoxe unha síndrome de autorreferencialidade que nos impide crear fraternidade, que nos mergulla no noso propio mundo individualista e pechado. A nosa propia Igrexa, ás veces, vive tamén nesta tesitura de pecharse para protexerse. O falso respecto ou unha equivocada tolerancia deriva nun testemuño descafeinado que dificulta a transmisión da fe. Tamén nós, en moitas ocasións, somos xordos ou mudos, ou ambas as cousas á vez.

Convíдовos con todo o corazón hoxe a escoitar e acoller, persoal e eclesialmente, a invitación de Xesús. Necesitamos tamén poñernos diante del e deixarnos tocar para escoitar: Effeta! Ábrete!

+ Ponte en camiño para acoller a vida dos homes e mulleres desta terra galega. Ábrete aos seus problemas, preocupacións, esperanzas e ilusións... Son túas, acolle e escoita. Como se nos convidaba na primeira lectura, algo novo está a brotar e habemos de ser xeradores de esperanza, especialmente nestes momentos de crises e de pospandemia.

+ Ábrete ao paso do Espírito, que hoxe segue falando e facéndose presente en tantas realidades pequenas desta Igrexa, rural e urbana, agrícola, obreira e mariñeira, e xerando así un ceo novo e unha terra nova onde habite a xustiza.

+ Ábrete aos pobres, que son o corazón do evanxeo e o lugar onde poder facer a experiencia máis grande da misericordia de Deus.

+ Ábrete a vivir a vida en comunidade, porque con outros se vive mellor a experiencia do Deus que é Trindade de persoas. E ábrete a ser comunidade aberta, intercultural, cálida, acolledora, onde todos se sentan a gusto, os que veñen de fóra e os que non atopan fogar, na casa, sen ser censurados e xulgados. Comunidade adulta, que non busca o éxito senón a fecundidade, e que para iso se forma na fe e fai procesos continuos de crecemento.

+ Ábrete a facer da vida misión, compromiso, entrega, relación, vocación ao servizo da nosa Igrexa e da nosa sociedade.

+ Ábrete deixando atrás tantas cadeas de prexuízos, de ignorancia, de ideoloxías para acoller a vida nova que Xesús che quere regalar á túa familia, ao teu traballo, á túa parroquia, á túa asociación ou movemento...

+ Ábrete á solidariedade e á amizade cos pobres, como nos dicía a segunda lectura: unha Igrexa e unha sociedade onde non exista acepción de persoas, onde non nos fixemos nas aparencias senón que miremos ao corazón, onde a nosa Igrexa sexa fogar dos máis pobres, dos

que non teñen ou non saben, dos que se senten sós e feridos, dos emigrantes, dos mozos, unha Igrexa “hospital de campaña” que acolle aos feridos das guerras do noso mundo.

+ Ábrete a edificar unhas relacións sociais, desde o ensino social, que edifique un mundo diferente onde a política e a economía se constrúan ao servizo de cada persoa, contribúan ao ben común e á amizade social, e sirvan ao auténtico desenvolvemento humano integral e solidario.

+ Ábrete ao futuro soñando: non perdamos a capacidade de soñar. O que non soña está morto. O evanxeo e a súa proposta é, sobre todo, un soño, o soño de Deus para nós que nos ama como a fillos. Un soño que está chamado a facerse hoxe realidade neste pobo, nesta Igrexa..

+ Ábrete e dáte unha nova oportunidade, sexa cal fora a túa situación, para alcanzar a plenitude de vida de Xesús. El quérete recrear, rexenerar, renovar...

Ben sabemos que non somos nós os que coas nosas propias forzas poderemos alcanzar estas metas e estes bos desexos. É o Espírito, que habita en nós e que se nos regala na súa Igrexa, o que abrirá os nosos oídos, os nosos ollos, as nosas mans, o noso corazón...

Que fermoso sería se, froito do encontro con Cristo, cada un de nós e a nosa propia Igrexa diocesana de Mondoñedo-Ferrol, presentárase ante a nosa querida sociedade galega con este magnífico testemuño de novidade, ilusión e esperanza! Así o soñaba Isaías, na primeira lectura, ao profetizar no medio do deserto do desterro un manantial que acouga a sede e rexenera o páramo. Nesta hora da evanxelización estamos chamados máis que nunca a facer realidade esta boa noticia que fai presente o Reino de Deus. Que a Virxe dos Remedios, san Rosendo e san Xiao, patrón da nosa cidade, nos axuden a facer vida estas insinuacións do Espírito.

Monseñor Fernando García Cadiñanos
Bispo de Mondoñedo-Ferrol

SERVICIO DIOCESANO DE COMUNICACIÓN

www.mondonedoferrol.org

mcs@mondonedoferrol.org

981 353 295 | Fax 981 351 433 | WhatsApp 689 748 679

[@mondonedoferrol](https://www.instagram.com/mondonedoferrol)